NO ES MÁS QUE UN PULPO.

Y OTROS COVERS

CANCIONES QUE SE VUELVEN CUENTOS.

No es más que un pulpo

y otros cuentos

No es más que un pulpo : y otros covers / Matías Moliné ... [et.al.] ; con prólogo de Marcelo Guerrieri. - 1a ed. - Buenos Aires : Covers Ediciones, 2013.
E-Book.

ISBN 978-987-27868-1-6

1. Antología Literaria. I. Moliné, Matías II. Guerrieri, Marcelo, prolog.
CDD 860

Fecha de catalogación: 19/09/2013

Digitalizado por Origami Digital

Índice

Prólogo

En una de sus *5 reglas de oro* el director Jim Jarmusch dice "Nada es original. Robá de cualquier lugar que te llene de inspiración o alimente tu imaginación", y aplicando su propia regla, más adelante cierra la reflexión citando a Godard: "De lo que se trata no es de dónde tomás las cosas, sino a dónde las llevás".

El prólogo de un libro de interpretaciones que arranca con una interpretación, de una interpretación, de una interpretación.

Voy a resistirme a decir que cada uno de los relatos de *No es más que un pulpo y otros covers* es una interpretación de la canción en la que se inspira. ¿Qué es eso de inspiración? No nos sirve esa palabra. Tiene algo de instante, de chispazo, de lanzamiento de algo que generaría la canción que luego se llevaría el cuento.

Mejor digamos que estos ocho cuentos se mueven, cada uno, al ritmo de la canción que le tocó en suerte. *No es más que un pulpo y otros covers,* libro octópodo: ocho tentáculos que bailan. La narrativa en palabras baila con la narrativa de la música. Dos formas de arte que se desarrollan en el tiempo, se mueven a la par.

Algunos aman a los dragones propone un baile suelto, cuento y canción se miran y cada uno reacciona a los movimientos del otro, el "Dirty Love" de Zappa larga "donación rosa" y el cuento le devuelve "perlas de saliva color rosa", la canción dice un "dragón en tus sueños" y el relato responde "ojos de dragón complacido"; *Escaleras* y "Aquí conmigo" son bailarines ensimismados, la canción dice "no te escuché partir" y el cuento hace del eco de esta frase el gesto con el que se abraza a la música, gesto que resignifica los anteriores pases de baile; "nada más que tristeza y quietud" propone Julio Sosa en "Nada", y en este firulete, del tango toma motivo y ambiente —casa abandonada, viejo rosal, la vitrina—, *Impar* es un bailarín solo que se mira en el espejo; *Inexistencia de Roberto* y "Cataclismo", cuento y canción pegados en un lento mejilla con mejilla, la voz de Javier Solís, sufriente, "desesperado, presintiendo tu partida, imagino que te has ido", se aprieta al interior del personaje del cuento, anticipando la tragedia; con "Por", de Spinetta, el cuento *El Peligro* se abraza al gesto fragmentado, se fragmenta a su vez en una puesta en abismo, el maestro zen y su discípulo dentro de un libro dentro un sueño en otro sueño, y con cada palabra de la canción —árbol hoja salto luz

— se expande en una figura de baile —treparse al árbol buscando la luz, un salto de hoja en hoja—; la canción “El Hijo de Hernandez” propone un movimiento al que el cuento *Papá, decile* responde con saltos y giros frente a espejos enfrentados, al grito de la canción “¡Yo no soy el hijo de Hernández!” el personaje replica al infinito una imagen que contradice, desesperada, la frase que le propone la música; la letra dislocada de “Don´t be upset” baila con *No es más que un pulpo,* se toman de las manos, “llevé a mi chica al acuario”, se sueltan un segundo, “no te enojes”, se vuelven a tomar, “es solo un octópodo”, giran sin verse y otra vez se encuentran; “Australia”, la canción, y *Australia,* el cuento, se balancean, alertas, la letra de la música propone “nunca puedo lavar los platos de a uno por vez” y se recuesta en el hombro de la historia que “pasa la esponja en forma circular”, ritmo y pulso que se tensan hacia una decisión que crece, “podría decidirme a lavar los platos… o podría irme a Australia”.

Dice Jarmusch en su quinta regla: “la autenticidad es muy valiosa, la originalidad no existe”. Así que vamos, a entrar a la pista. *No es más que un pulpo y otros covers*: ocho formas de hacer bailar historias con canciones.

Marcelo Guerrieri es escritor y docente. Publicó *Árboles de tronco rojo* (Muerde Muertos, 2012), *El ciclista serial* (Eloísa Cartonera, 2005) y la blognovela *Detective bonaerense*. Finalista del premio Nueva Novela 2012 de Página/12. Desde 2006 coordina talleres literarios. Cursa el final de la carrera de Antropología en la UBA. + info: marceloguerrieri.blogspot.com.ar

No es más que un pulpo

Estoy seguro de que todo empezó esa noche que encargué la paella a pesar de que ella decía que no le gustaba el pulpo. Yo quería que hiciéramos algo diferente después de la gran pelea. *Hasta que no lo pruebes no sabés si te gusta*, le decía yo, *dale, si ni lo ves de tan chiquito que está cortado*. Me esmeré y acomodé todo con onda romántica en la mesita ratona: nos sentamos a comer con luz de velas. Hasta había conseguido unos jazmines para el florerito ese que estaba siempre vacío. Le serví y empezó a separar los tentaculitos que podía identificar, *dale, ni hace falta que te lo comas todo, probás uno, si no te gusta lo escupís*.

Movió un poco los granos de arroz con el tenedor, tomó un trago de vino, tomó uno de los tentáculos apartados entre dos dedos, respiró hondo y se lo soltó en la boca. Primero hizo cara y terminó tragándolo con calma. *¿Viste? No era para tanto. Ahora tenemos algo más para compartir*. Me contestó que no estaba mal y seguimos charlando. Antes de llegar al postre se soltó el pelo, se me sentó encima y se puso bruscamente cariñosa. Me empezó a besar con más pasión que nunca. *Bueno, calmate*, le decía yo pero ella no paraba; estaba muy concentrada y ya no me besaba: me sorbía con una intensidad desesperante. Por un momento sentí que se me iba a salir la piel de tanta succión. Me subí a la ola de su pasión descontrolada y estuvo bien, un poco rara, cada tanto manoteaba el vaso de agua y nos la tiraba encima, *copado que te haya gustado tanto*, le dije, *viste que no era terrible*.

Al día siguiente se levantó con los ojos irritados, *están un poco globosos*, le dije y no le cayó nada bien. *Me dio alergia tu octópodo del orto*, me contestó. Enseguida corrió hasta la heladera y sacó un sifón. *¿No querés desayunar otra cosa? Te preparo algo y te lo llevo a la cama*, le propuse recordando que la soda la hinchaba y pensando que si ya tenía los ojos así no quería saber cómo le iba a quedar el resto. En vez de contestarme me tiró varios chorros con el sifón, *dale, no te pongas mal, con un poco de hielo se te va, no es más que alergia*. No quiso el hielo y se tiró en el sillón a hacer zapping. Me fui a vestir. Fue más fácil que nunca porque no tuve que luchar con sus tres toneladas de remeritas para encontrar una mía. Hacía dos días que las había tirado adentro de una valija. Cuando volví a pasar por el living descubrí que se había armado una cuevita de

almohadones. Otra vez con la historia de dormir en el sillón, pensé. Me acerqué para saludarla pero solo asomó la boca del sifón para seguir tirándome chorros hasta que me quedé a una distancia prudencial de unos dos metros y sin beso. Un poco disgustado me fui al estudio recordando la última discusión y sus amenazas de irse, *pero esta vez en serio, no unos días y vuelvo*, me había dicho. No es más que una rabieta, pensé, si no se fue esa vez, no se va más. Traté de concentrarme para avanzar con los trabajos que tenía pedidos. Pude dibujar únicamente tentáculos. Bellos tentáculos con ventosas en cantidad infinita; rosados, verdes, celestes o lilas, envueltos en olas grises y espuma blanca, trepando por piedras o enrollándose en el cuerpo de alguna presa. Se me aparecían constantemente y no podía dejar de pensar en ellos hasta que los veía plasmados. Terminé el día entregando los nuevos modelos de tarjetas para el día de la madre llenos de tentáculos en vez de conejos tiernos con canastas de flores.

¿Saliste de la cuevita, mi amor? pregunté cuando entré a casa a la noche. *No te pongas mal, traje todo para quedarme a cuidarte mañana, ¿te sentís mejor?* No contestó. Moví los almohadones y me encontré con que no estaba ahí. Me esperaba en la bañera, completamente inmersa, cosa que interpreté como una señal inequívoca de abrumadora pasión. Claramente tenía la necesaria intención de repetir lo de la noche anterior como un gesto para reparar los sifonazos matinales. Error: me gritó cosas que no entendí, como si hablara en tagalo o ruso pero seguro que me estaba puteando. *Dale, no estés mal, amor, ya va a pasar, no discutamos*, le dije y traté de abrazarla. Al principio se resistió con bastante fuerza y después se puso roja hasta que literalmente se me escurrió de entre los brazos; se ablandó tanto que no tuve manera de sostenerla y se escapó a los tumbos a refugiarse en la cuevita del sillón. Pensé que más que alergia era una forma de envenenamiento, marea roja, que le estaría afectando el sistema nervioso. Sin entablar conversación ni insinuar la posibilidad de contacto físico, le acerqué más agua, incluso una palangana donde puso los pies hinchados durante un buen rato antes de dormirse.

Me levanté con la idea de llamar a un médico si no había mejorado. Fui hasta el sillón para despertarla y vi que se había pertrechado en la cuevita con todavía más agua, un cajón entero de sifones y que además había puesto alrededor los frascos de tinta china que había encontrado en mi escritorio. Decidí hablarle de

lejos para evitarme una nueva forma de ataque, *buen día, mi amor, ¿cómo amaneciste? Si seguís igual no te pongas mal, llamo al médico, todo va a estar bien*. Me sorprendió saliendo de la cuevita con una sonrisa radiante y la piel con un brillo singular. Los ojos seguían globosos, sin embargo. Se me acercó y sin mediar palabra me inmovilizó para arrancar de nuevo con aquella ceremonia de las succiones extremas, un mañanero, pensé. Respondí a la invitación con diligencia aunque su piel estaba algo viscosa, fría y húmeda. *Cuánto entusiasmo, corazón*, le dije, *No es más que un toque de alergia, ya se va*. Me apretujó tanto que parecía tener más músculos que la última vez y hasta más brazos y piernas. Fue un éxtasis delirante. *Traéme pescado*, me pidió en perfecto castellano cuando terminamos. *Sí, mi amor, lo que quieras para que estés bien, qué bueno que ya te sentís mejor*, le dije tratando de evitar mirar fijamente las manchas de color violáceo en su piel y los ojos hinchados. *Me siento un poco rara acá, como si tuviera dos corazones*, dijo señalándose la caja torácica. Le contesté con una cursilería y fui a conseguirle el pescado. De camino compré puchos y llamé a un amigo que estudia medicina para consultarlo. *Debe ser alergia, dale una loratadina cada 24 horas y si no mejora en 3 días llevala a una guardia*, me dijo. Volví con merluza a la romana y una cajita del antialérgico. Le acerqué el paquete a la cuevita. *¿Cocido me lo traés?*, me gritó. Otra vez los sifonazos. *No te alteres, no sabía que querías sushi, mi amor, por favor no te enojes, me parece que este asunto de la alergia te está poniendo muy mal, tomate una de estas que te va a hacer bien*, le dije tratando de que no me entrara mucha más soda en los ojos. Pude a sacar el comprimido del blíster pero se me diluyó entre los sodazos y nunca llegó a su boca, que ahora tenía una forma parecida a un pico. No sé si era por la nueva forma de hablar —que había vuelto al tagalo o ruso—, o una superposición de escamas que parecían estarle saliendo por todos lados. El ataque culminó con salpicaduras de tinta china y una nueva reclusión en la cuevita aprovechando mi ceguera temporal para huir. Me cambié y me quedé en el molde el resto del día. Fumé en el balcón y dibujé lo que pude, es decir, más tentáculos, todos a lápiz: si me acercaba a recuperar un frasco de tinta recibía una ducha de soda.

La mañana siguiente todo parecía haber vuelto a la normalidad. Me despertó cariñosa y había desarmado la cuevita, había puesto los sifones en el bajomesada y su piel estaba menos viscosa. *Tomé la pastillita esa anoche, mientras dormías*, me dijo.

Copado, amorcito, se te ve mejor, le contesté.

Siguió con el tratamiento y a los tres días ya estaba casi como siempre. Lo que cambió fueron las noches, dormía muy inquieta y se despertaba gritando en ese idioma extraño, agitando los brazos como si fuera una odalisca y después contaba que había soñado con el pulpo de la paella. *Me secuestraba y me llevaba al fondo del mar, a mí me faltaba el aire, pero él quería que viviera como ellos*, me contaba llorando. *No te pongas mal, no es más que un sueño, mi amor*, le decía yo, *todo va a estar bien, no te alteres*, y le daba agua, mucha agua.

Veníamos bien. Hacía como un mes que no discutíamos. Hasta bajamos del colectivo juntos y caminamos de la mano por la calle. Ella no sonreía, pero eso ya era mucho pedir. Desde que tenía las pesadillas marinas estaba casi siempre triste. Le había propuesto salir a pasear para cambiar la onda. Pensé que quizás viendo animales marinos dejaría de soñarlos. Pagamos la entrada y seguimos de la mano. Peces fascinados por su propio reflejo en los vidrios, plantas lentas. Vimos caracoles de playa moviéndose por primera vez en nuestras vidas. Nos soltamos un segundo, avanzó sola hasta otra sección —la que yo intuía que teníamos que evitar— y ahí se armó el griterío. *Pero qué es esto, a dónde carajo me trajiste, no ves que parece un alien, me falta el aire, mirá cómo me mira*. *Es un pulpo, mi amor, un pobre pulpo, no te alteres*. *Que no me altere me decís, después de la semana de mierda que tuve y ahora esta bestia del infierno mirándome así*. *Dejalo. Si no lo mirás, tampoco te mira él*, le dije. *Dale, por favor, no te enojes, la estábamos pasando bien*. Para qué. Se alteró como nunca, volvió a putearme en aquel idioma raro y su piel viró de la usual palidez al rojo, al azul y al pardo velozmente. Luego aparecieron las manchas violetas y la boca en forma de pico, el ondular rítmico de sus brazos, el andar errático —creo que buscaba un sifón o tinta—, la piel viscosa y húmeda, los ojos globosos, la cabeza pesada. El tipo de seguridad llegó a agarrarla pero ella usó su táctica de reblandecimiento muscular hasta que se escapó y se trepó al borde del tanque gigante con el cartel que decía "octópodos", así en plural aunque había un solo ejemplar.

No me di cuenta hasta que días después vi la filmación de la cámara de seguridad: el pulpo del tanque había cambiado de colores junto con ella, tiraba chorros de agua y tinta alternadamente y se movía a los tumbos entre las piedras por el suelo de arena en una excitación psicomotriz pocas veces vista. Ella

se había tirado al agua y se había arrastrado por el fondo del tanque hasta que se encontraron en un abrazo obsceno. Rodaban por la arena en un baile que ninguno de los espectadores entendía más que yo. Sus ventosas se unían y se despegaban con una cadencia impensada, lanzaban chorros de agua para propulsarse, parecían querer alejarse del público a la vez que no podían detenerse en su frenético quehacer. Finalmente él la rodeó fuertemente con cuatro de sus tentáculos y usó los otros cuatro para impulsar ambos cuerpos hasta su cueva, donde desaparecieron. Esa no fue la última vez que la vi. Voy al acuario los días que no coinciden con la época de celo y la dibujo para la National Geographic. La extraño tanto que cuando el de seguridad no me ve, le saco fotos que pego con imanes en la puerta de la heladera. A veces recuerdo sus amenazas de irse para siempre y pienso que eran ciertas. Otras veces toco el vidrio cuando se acerca y le pido perdón en silencio.

Algunos aman a los dragones

Al poner mi mano en el picaporte, la puerta de la tienda de mascotas se abrió desde adentro y me golpeó en la frente. La mujer que salía me empujó sin darse cuenta y corrió apurada. Atontado, solo pude ver sus pelos amarillos, voluminosos como si hubieran recibido una reciente descarga eléctrica, sacudiéndose en retirada. La contundencia de ese golpe sin duda despertó algo en algún punto primitivo de mi cerebro porque un aroma barato y salvaje penetró por mis fosas nasales y rebalsó todo mi ser, conectándome sin escalas con lo más íntimo de mi persona.

Entré con la sensibilidad exacerbada. Mi intención era comprarme unos pececitos dorados para que me hicieran silenciosa compañía. Los peces no necesitan supervisión, ni caricias, ni hay que ocuparse demasiado por su hábitat y yo había renunciado hacía casi dos años al género humano precisamente porque me resultaba imposible sostener una conversación sin experimentar un estado de sueño intenso. Me dormía mientras me hablaban. Narcolepsia, diagnosticaron los médicos; yo estoy seguro de que simplemente era aburrimiento. No obstante este autodistanciamiento con los habitantes del planeta, el impacto con esa mujer de olor a chicle empalagoso y agrio que quedó impregnado en el ambiente y el color de su pelo me sumieron en un estado de elevación emocional que dejó latiendo las aletas de mi nariz. Todo eso sumado a mi abstinencia sexual prolongada, me provocó una excitación difícil de disimular. Aleluya.

Decidí averiguar quién era la culpable de tanta intensidad agolpada en mi cuerpo. La chica que atendía el negocio, que se parecía de cara a una iguana —lo que me hizo pensar en un casting para acceder al empleo—, me informó que desconocía a la rubia, pero me alcanzó un folleto que justamente estaba por pegar en la vidriera. Al verlo, reculé un poco desconcertado ¿qué era ese bicho de la foto? ¿Un dragón embalsamado? No. Era el pekinés más horrible del universo y pertenecía a mi dama. Un número de teléfono y un nombre: Aurora. Era evidente que el dragoncito se había perdido y había recompensa para quien pudiera reunirlo con su dueña. Y ese iba a ser yo. Le devolvería su mascota infernal a Aurora y exigiría mi retribución a cambio. Un poco más de ese perfume vulgar taladrándome el cerebro.

Salí del negocio con el folleto en un bolsillo y una bolsita de agua con Tuco y Tico, mis dos carassius de estreno, en la mano. Un panfleto pegajoso transportado por el viento vino a estamparse en mi rostro apenas puse un pie en la vereda. Otra vez el monstruito. No necesitaba más señales. Sin esperar llegar a mi casa con Tuco y Tico oscilando en su miniespacio acuático y llamé desde el celular.

—Hola —atendió una voz digna del moribundo Señor Valdemar, pero aún así atribuible a un espécimen femenino.

—Hola, quisiera hablar con Aurora.

—Aurora no está, ¿quién habla? Aurora desapareció —la voz viscosa comenzó a sollozar o toser, era difícil enterarse.

Aunque ya todo era más que evidente, por un segundo me imaginé hablando por teléfono con el perro, preguntando por su dueña. No, claro, Aurora era el pekinés.

—Disculpe, en realidad quería hablar *sobre* Aurora. Me gustaría ayudar a encontrarla.

Apenas unos segundos de silencio y respiración entrecortada y estaba yendo a la casa de la rubia sin nombre, porque me había olvidado de preguntarle su gracia. Mientras caminaba o casi trotaba, con mis pobres pececitos bamboleantes, fugazmente reflexioné sobre la posibilidad de que la mujer estuviese casada o tuviese varios hijos, o viviese con sus padres o superase los setenta años, pero nada de eso me desaceleró. El perfume abominable y los pelos amarillos revueltos, sumado a la voz de ultratumba me habían puesto exageradamente lujurioso. Pensé también en esos olores que activan algún mecanismo que provoca que la gente recuerde con sensiblería lugares, personas, objetos y sucesos del pasado. En este caso el perfume de la rubia no me remitía a evocaciones, sino que olía a mi futuro soñado, a la vida que quería vivir por lo menos un instante, aunque para eso tuviese que buscar un pekinés espantoso en los confines del universo y someterme a las pruebas más humillantes de sumisión existentes impulsado solamente por la energía salvaje del deseo. El frente de la casa era rosado y estaba bastante sucio. La vereda también parecía haber juntado mugre desde hacía meses. Me acomodé el cuello de la campera y toqué el timbre.

El placer. Hacía mucho que no lo experimentaba y ahora lo tenía frente a mí, cegándome con su caricia ardiente. La rubia era como esperaba y mucho más, merecía ser la dueña de un perro dragón, quizás por su propia semejanza a un lagarto escamoso.

Tendría unos cincuenta años y una cicatriz extraña le cruzaba la cara. Tardé un rato antes de darme cuenta de que esa cicatriz era su boca. Absorto en su contemplación, imaginé que al abrirla saldría una llamarada que me mandaría al infierno.Y el perfume, esa loción inmejorable, mixtura de almizcle chicloso y sudor, irrumpiendo en mi humanidad, dominándola por completo. Me invitó a entrar con su voz ronca, como recién salida de una traqueotomía y al darse vuelta, la visión de su pelo largo y amarillo flotando en el ambiente sacudió mi alma, si es que ese movimiento es posible. La seguí hasta una sala con dos sillones, sobre uno de los cuales colgaba enmarcado un diploma de especialista en tratamientos estéticos corporales. Decidí transformarme en su perro en caso de no encontrar a Aurora. Sin siquiera decirme su nombre, lo primero que hizo fue alcanzarme un frasco de aceitunas vacío para que pusiera ahí mis pececitos. Vacié la bolsa con agua en el recipiente y al colocarlo sobre una mesita mis ojos y los de Tuco y Tico se detuvieron en la portada de un libro que estaba ahí apoyado: "Orgía Tántrica: El camino erótico para la máxima relajación". No faltó más, estaba listo para el gran clímax.

Recuerdo que cuando empezó a hablarme algo sobre Aurora con su voz tabacal, vi cómo gotearon unas perlas de saliva color rosa desde su boca amorfa y como se entornaron sus párpados membranosos turbados por la emoción que le causaba la añoranza de esa bestia en miniatura. Su desconsuelo subrayó una vez más la insignificancia de mi vida y arrebató el último resto de control que poseía sobre mi persona. Dispuesto a reconfortarla a toda costa, me abalancé sobre ella, tumbándola encima del sillón y comencé a morderle el lóbulo de la oreja sin que ella objetara mi comportamiento. La ropa se deslizó y fue a parar al piso, nuestros brazos, piernas y demás partes comenzaron a actuar por su cuenta en un despliegue multisensorial; los gemidos aumentaron su sonoridad y al mirar su rostro vi aquel néctar rosa salir de la comisura de sus labios mientras sus pupilas aumentaban de tamaño llenándolo todo hasta convertirse en auténticos ojos de dragón complacido. Pura admiración. Con el ritmo cardíaco a punto de colapsar, me adentré, incontrolable, en cada resquicio que su cuerpo cilíndrico me ofrecía y bebí de la pulpa jugosa de su boca, que se abrió dejando entrever numerosos dientecitos filosos y separados. Le ofrendé mi lengua en sacrificio y a la primer mordida reconocí una nota de sangre mezclarse con el olor embriagador de

mi diosa reptil y sentí cómo realmente se liberaron todas mis tensiones. Con un hormigueo de placer sacudiéndome caí en un coma profundo, admirando su cabellera dorada, de aspecto leonino, como la de un pekinés.

Cuando desperté en el sillón, ella dormía tranquilamente, su humanidad rugosa se movía de vez en cuando sacudida por un hipo suave, que al exteriorizarse dejaba salir una nubecita humeante por la boca. La veneré unos instantes sin moverme, hasta advertir que su hipo no era el único sonido que podía escucharse. Sobre su cuerpo desnudo, integrándose perfectamente como un apéndice, un monstruo diminuto, de rasgos feroces y ojos desorbitados gruñía amenazante en dirección a mi persona, invitándome a partir. Aurora había vuelto. Eso me puso contento. Estiré un brazo en un intento por acariciarla, pero la bestiecita me mostró unos dientes puntiagudos y amarillos que me convencieron de apurar la retirada. Después de todo, mis expectativas habían sido colmadas.

Antes de partir quise despedirme de mi mujer dragón y, sin importarme mi integridad física, enterré el rostro en su pelo para llevarme su aroma fatal conmigo, para que mis bulbos olfatorios se relacionaran para siempre con ese perfume y lo invocaran a su antojo. Al hacerlo, Aurora ladró como ahuyentando a los malos espíritus. Asustados, Tuco y Tico saltaron tratando de salir del frasco. Parecían más naranjas y brillantes, por suerte volvieron a caer dentro del agua. Mi diosa despidió una nube más densa y cálida, ahora por la nariz, a modo de despedida, pero no abrió los ojos.

Me vestí, agarré el frasco con mis pececitos y salí a la calle. El sol de la tarde pegó por un instante breve en mi cabeza, como un latigazo, y me gustó. Una especie de tela transparente se deslizó sobre mis globos oculares, protegiéndolos. Vi las manchas de colores en mi piel y sentí como mi lengua bifurcada por la pasión entraba y salía con rapidez de mi boca, saboreando el aire. Seguí caminando con una sonrisa nueva de dientes afilados surcando mi rostro y la satisfacción de un deseo cumplido.

El peligro

—Treparse al árbol buscando la luz, un salto de hoja en hoja. Esa debiera ser tu aproximación —aconsejó el maestro Hui-Neng al joven Huai-Yang.

Meditaban al borde del acantilado. La inmensa pared de roca a sus espaldas apenas los protegía del viento. El maestro prosiguió:

—Tan solo un gesticulador es aquel que se expone a la insolación. Un rayo de sol bastaría para cegar su mirada. Ten esto siempre en cuenta.

—Pero, venerable Hui-Neng —replicó Huai-Yang —¿qué hay del cielo y de las nubes?

El maestro resopló, luego hizo así con la mano:

—Eso es como preguntarse: ¿cómo es posible que, desde el mirador donde estamos sentados, no podamos ver las algas bajo el mar, o las estalactitas dentro de la cueva? —sentenció.

Cerró el libro de los chinos y lo dejó sobre la mesita de luz. Estaba segura de que el tipo se lo había regalado solo para hacerse el interesante y mostrarle que él también tenía su costado filosófico. Hacía rato que la venía cortejando sin resultados. Ni las flores, ni los mensajes, ni los “me gusta” funcionaban con ella. Ahora, un libro de regalo, eso ya decía otras cosas de un hombre. De todas maneras se estaba quedando dormida, aburrida de leer parábolas que solo los orientales podían comprender. Así que durmió.

Soñó que la perseguía un hombre de ojos rasgados que al mismo tiempo era un lobo, según cómo se lo mirara. Ella corría abriéndose paso a través de un denso bosque de bambú, hasta que finalmente él la alcanzaba y la tumbaba. Al segundo zarpazo la desnudaba por completo, pedazos de tela al viento.

Sometiéndola en cuatro patas le gruñía que no tuviera miedo, que era su amigo y que podía confiar en él. Su aliento olía a litros de sangre coagulada por carroñas ancestrales. La raspaba con sus duras crines, pero su rostro era algo más suave, como de felpa o lana. Una baba espesa y caliente chorreaba desde el hocico y terminaba en su cara. Ella se sintió en la extremidad de esa sensación conocida como asco.

Un segundo antes de ser penetrada, despertó.

Estaba empapada de un sudor frío y viscoso. Sintió una humedad cálida en su entrepierna. ¿Sería sangre? No, no era.

Escuchó que alguien, o algo, roncaba a su lado. Se dio vuelta y ahí estaba: el tipo que le había regalado *El Zen de los Antiguos*, durmiendo con la boca abierta, en su propia cama. Ella se incorporó, y entre el sueño y la vigilia se quedó unos instantes mirando el cuerpo desnudo de ese señor. Tenía los pies llenos de barro y el pelo enmarañado con pasto y ramitas. Sintió algo de extrañeza frente a semejante visión. No se acordaba si lo había invitado a dormir con ella, podía ser. Sí se acordaba de haber estado leyendo un libro, de la pesadilla con el lobo, y de que a ella le gustaba el tipo. Lo pateó y lo empujó, pero nada: él seguía sólido, una roca ronroneante. Quiso gritarle que se fuera y entonces se dio cuenta de que no podía hablar. Por más fuerza que hiciera, sus cuerdas vocales se negaban a trabajar. Un dolor punzante le picoteaba las sienes y una sed verdadera, como nunca antes había sentido, le quemaba la garganta.

Quiso bajarse de la cama y se fue de boca al piso. Intentó pararse un par de veces más, pero siempre terminaba de rodillas. No me duele, pensó, raro, no me duele. Se fue gateando hasta la cocina. Abrió un cajón, metió ambos brazos, y con gran dificultad logró sacar un saquito de té de menta. Se le cayó al piso, lo agarró con la boca y lo dejó sobre la mesada. Tuvo que encaramarse al mueble de cocina para poner la pava en la pileta y llenarla: sus dedos habían perdido la habilidad necesaria para hacer girar la canilla. Entonces se le ocurrió agarrarla entre sus dientes y girar la cabeza. El chorro fluyó alegremente. Maravillada por la nueva destreza adquirida, decidió prescindir de sus manos para el resto de las maniobras. Agarró la manija de la pava con su boca y la puso sobre la hornalla; mordió la llave del gas y le dio un cuarto de vuelta; finalmente tocó con su nariz el botón de encendido eléctrico, dos o tres veces hasta que prendió la llama.

El agua ya se estaba calentando.

Escuchó un portazo que venía del dormitorio, y una voz masculina cantando tras la puerta del baño. Se le ocurrió la idea de ir para ese lado y en un segundo estaba allí. Correr en cuatro patas es mucho más eficiente que hacerlo sobre dos, pensó. Trepó a la cama vacía y olfateó su superficie. Encontró una variedad infinita de aromas perfectamente identificables. El olor a sangre era el que más la embriagaba: siguió una huella caliente que bajaba por la cama, reptaba hasta la cocina y volvía hasta donde ella estaba.

Se abrió la puerta del baño y vio a un ser humano. De un salto

voló los cuatro o cinco metros que los separaban y aterrizó en el pecho del hombre. Este emitía sonidos totalmente incomprensibles mientras forcejeaba, inútilmente ya que la diferencia de fuerzas era abismal. Había algo en su olor que le resultaba vagamente familiar, como un recuerdo borroso de vidas pasadas. Pero seguía siendo un extraño, y un extraño es un peligro o bien una presa. Y en este caso era ambos.

El humano ya exhausto no se resistía, solo temblaba. El olor a miedo que exudaba le resultaba insoportable y la hacía salivar profusamente. Tengo hambre, sintió, muchísima hambre. Se echó en el piso junto a su presa y se puso en una posición cómoda para alimentarse. Abrió las quijadas de par en par: el primer mordisco fue directo a los testículos.

Fiiiiuuuuuuuuuu, sonó el silbato de la pava.

—¿Qué fue ese ruido? —preguntó el joven Huai-Yang, incorporándose como impulsado por un resorte invisible. Una bandada de cuervos salió disparada de entre los árboles.

—¡Siéntate! —ordenó Hui-Neng—. Aún no hemos terminado. A esta altura deberías saber que las criaturas del bosque salen cuando el sol se oculta.

—¿Qué clase de criaturas?

—De todo tipo. Eso que acabamos de escuchar no era un animal —hizo una pausa—. Ni una persona. Es todo lo que necesitas saber.

La luna derramaba su luz azul sobre el acantilado. Los cuervos se posaron sobre una piedra enorme que dormía a la orilla del mar. Súbitamente, el viento que había soplado sin descanso se detuvo para siempre. El maestro abrió los ojos por primera vez desde que se habían sentado allí, y sentenció:

—Es hora de irnos. Quedarnos aquí más tiempo no sería prudente.

Papá, decile

Darío atraviesa la galería de entrada y enseguida siente el ambiente fresco que generan el piso y las puertas altas. Es un edificio muy bien conservado. ¿La nueva medicación habrá hecho efecto ya? Se acerca a la administración y pregunta por Hernández. Le confirman que está, así que va hasta la escalinata central. Piensa, como cada vez que visita ese lugar, cómo sería simplemente dejarse arrastrar por los peldaños de mármol. Quizás como un suave masaje, porque los bordes están gastados y ya no tienen ningún vértice. Se pregunta si Cortázar pensaría lo mismo.

Abre la puerta de la habitación. Hernández está sentado en una silla mirando por la ventana. Cuando Darío intenta descubrir qué, se da cuenta de que se olvidó los anteojos en el auto. Su papá deja de mirar por la ventana y voltea. Serio. Silencio. Darío espera para ver si esta vez lo reconoce. Sí, le está sonriendo.

Charlan de los temas obligados: la alergia a los gatos, el Efecto Tequila, Independiente – Racing, la nieve que su papá siempre está convencido de que va a caer incluso en febrero, las dos materias previas que cree que todavía debe…

—¿Fuiste a lo de Alfonso?

—¿Qué Alfonso?

—¡El de la colchonería! ¿Le dijiste que le pago el seis?

—Ah. No. Sí, sí.

—¿Y tu madre no vino?

Cuando su papá empieza a preguntar por su mamá y a hablar como si estuviera en Bahía Blanca, Darío sabe que ya fue demasiada charla, que necesita descansar. Una enfermera entra sin golpear. Seguro que es nueva, nunca la había visto. Tiene el pelo atado y las chancletas esas de goma que usan todas las enfermeras, un espanto.

—Hola, linda, hacé lo tuyo, nomás.

La primera vez que a su papá le habían traído la medicación había desviado la mirada. Vergüenza, quizás. Hoy ya pasó mucho tiempo de eso. Y, quiera que no, la enfermera llena muy bien el escote del uniforme.

—Pará que te ayudo, linda. Vamos, viejito, agarrá el vaso. ¿A qué hora salís, enfermera? No, mentira. ¿Qué hora es? Deben ser las cuatro y cuarto más o menos.

—Cuatro y cuarto.

—¿Viste? Gracias. ¿Me hacés el favor de chequear si mi auto está afuera? Es un barrio seguro, pero no está de más prestar atención.

La enfermera trabaja una sonrisa y le contesta:

—Seguramente está bien, Darío, quedate tranquilo.

Respuesta que, además de carente de coqueteo, es bastante poco profesional, ¡él es un cliente de la institución hace seis años! La enfermera pide permiso y se va.

—¿Vamos al patio, así te despejás, viejo?

—¿Ahí está tu madre? —insiste Hernández.

Darío no dice nada. Su mamá murió hace diez años ya. Con el tiempo notó que el silencio es la mejor respuesta a esa pregunta; en cuestión de segundos, máximo un minuto, la conversación siempre toma otro rumbo.

El patio está cálido, las hojas se están volviendo verdes nuevamente. Se sientan en un cantero. Su papá prefiere los canteros antes que los bancos, nunca pudo entender por qué. Una empleada pasa cerca de ellos y Darío le pide una Coca.

—¿Qué?

—Una Coca. Zero. Por favor. ¿Me dirías la hora?

—Cuatro y media.

Alguien se viene acercando. De tener los anteojos puestos podría distinguir quién es un poco antes, piensa Darío. Es un enfermero con una bandeja. Atina a hablar pero Darío lo interrumpe y le aclara que su papá ya tomó la medicación hace quince minutos. El enfermero, sereno, contesta:

—Sí, Darío, pero ahora te toca a vos.

—¿Perdón, nos conocemos?

—Sí, nos conocemos. Soy Walter.

—Disculpá, yo no te conozco.

—Son las cuatro y media, Darío, te toca, ya sabés.

—No, no, te estás confundiendo. Yo le pedí una Coca a la empleada, Zero, pero porque tengo sed, no porque tenga que tomar nada.

—Muy bien, acá tenés un vaso de agua para la sed y también para las pastillas.

—No, mi papá fue el que tomó las pastillas, a las cuatro y cuarto; papá, decile.

—Va a venir una nevada —contesta Hernández.

—Dejá —retoma Darío—. No, llevate todo eso, estás alterando a mi viejo. Yo no tomo ninguna pastilla.

—Darío, no empecemos.

—No, flaco, quedate tranquilo que acá terminamos. Voy a hablar con la directora. Hace muchos años que mi papá está internado acá y ella tiene que saber que el servicio está decayendo, no sé qué pasa hoy.

Un médico se acerca.

—Señores, ¿algún problema?

—Darío no quiere tomar la medicación, Doctor —se adelanta en contestar el enfermero.

—¡Pero, por favor! Esto es un malentendido, yo no tengo que tomar ninguna medicación, yo soy el hijo de Hernández, acá conmigo —dice señalándolo —y creo que toda esta situación lo va a alterar así que vamos terminando, ¿puede ser? Papá, quedate acá, yo ya vuelvo.

Hernández se queda sentado en el cantero jugando con la costura de su ambo celeste que parece un pijama. Darío atraviesa el patio a paso acelerado y se da vuelta para decirle al enfermero que viene detrás de él:

—¡No me siga!

Pero no solo el enfermero no deja de seguirlo, sino que el médico también se suma a la caravana.

—¡No me sigan, dije! —abandona el patio gritando.

El despacho de la directora está en el pasillo principal. Darío golpea la gruesa puerta de madera pero no espera a que le contesten para empujarla y entrar.

—Buenas tardes, Doctora Mendoza.

La directora se sobresalta un poco pero reconoce enseguida a Darío, que sigue:

—Perdone que la interrumpa así, sabe que soy una persona muy correcta, pero hay una confusión.

—Tomá asiento —contesta ella solemne, intentando calmar los ánimos y mira al médico y al enfermero, parados en la puerta del despacho, controlando.

—Gracias —continúa Darío—. Le comento: hoy vine a ver a mi papá y este enfermero y ese doctor —dice como si ambas denominaciones requirieran entrecomillado —pretenden que tome unas pastillas.

—Veo que no tenés tus anteojos —acota la directora.

—No, ya sé —contesta lamentando el asunto—, me los dejé en el auto, que dicho sea de paso, la enfermera no quiso chequear que estuviera seguro en la entrada. Pero ese no es el punto. Vengo porque estas personas me quieren drogar. ¿Qué pasa hoy? Me extraña, esta equivocación es un error grande.

—Es tarea de ellos.

—Sí, eso lo entiendo, porque trabajan acá. Pero yo vine a visitar a mi papá. A él le dieron la medicación nueva a las cuatro y cuarto. Ya les expliqué pero se ve que no entienden.

—Darío, tu papá no está internado acá, ya lo sabés.

—Doctora, ¿qué dice? Mi papá está hace seis años acá, usted no se puede confundir. Yo soy el hijo de Hernández, Darío.

—Vos sos Darío, pero el señor Hernández no es tu papá.

—Sí, sí, yo soy Darío Hernández.

—No, vos sos Darío Rawijsky

—¿Esto es una broma de mal gusto? Yo soy Darío Hernández, hijo de Alfonso Hernández. ¡Yo soy el hijo de Hernández! ¡¿Cuántas veces lo voy a tener que repetir?!

—A ver, Darío, mostrame una identificación.

—¿Me está hablando en serio? —contesta indignado, palpándose la ropa.

Le tiemblan las manos. No puede agarrar nada. Deja de buscar. Grita con la boca seca y rítmicamente golpea con la mano abierta el escritorio de roble.

—¡No preciso identificación, yo pago este lugar todos los meses desde hace seis años, vine a ver a mi papá, vengo manejando desde Capital y ahora me tengo que ir a Zona Oeste antes de las seis a entregar unos papeles del trabajo para seguir pagando este lugar que siempre trabajó tan bien pero hoy no sé qué pasa! ¿Quiere identificación? ¡Le doy identificación, Doctora!

Busca la billetera en el bolsillo trasero del jean, ahí tiene que estar la cédula, que dice “Darío Alfonso Hernández, Policía Federal Argentina, Mercosur, blablabla”…pero ¿dónde mierda está el bolsillo? ¡No está, no hay! ¡¿Dóndeestá?!

—Darío, tranquilo, acá el Doctor te va a dar algo para ayudar a relajarte y seguir hablando.

—¡No, no, no!

Siente la aguja que lo alcanza y unos brazos fuertes que lo inmovilizan.

—¡Papá, papá! —grita y se empieza a sentir mareado. Tiene sed, piensa en el cantero.

Sobrevuela la escalinata blanca mirando los peldaños de mármol y siente cómo le hacen masajes en las piernas y en los pies que tiene colgando. Son como unos autos sobre lomos de burro. Desde esa posición nota que sus pantalones celestes se parecen bastante a un pijama. La verdad es que está cómodo, los brazos fuertes siguen alrededor de él, lo sostienen, lo llevan en vuelo. Todo está nuboso y con un poco de eco, pero distingue el pasillo, ah, mirá, una puerta blanca que se abre, una habitación con dos camitas. Lo ayudan y termina recostado en una. Mareo horizontal. Ve los anteojos sobre la almohada, qué suerte, no los había perdido.

Escaleras

La lluvia había atravesado la bolsa de papel madera que le habían dado en el supermercado, también le había arruinado los zapatos de gamuza y desteñido el jean, pero Julia estaba demasiado distraída para darle importancia, si hasta cargaba con media docena de huevos rotos y llevaba empapada la ropa interior prácticamente sin notarlo.Así entró al edificio, como recién salida de una pileta. El portero la miró con desprecio y la persiguió con un trapo de piso hasta donde supuso sería su destino final, el ascensor. Pero perdida en sus pensamientos se desvió por la puerta que daba a la escalera. Necesitaba tiempo, no tenía las ideas claras. La noche prometía ser larga. Lo único que había podido definir después de haber discutido por teléfono mientras salía de la agencia, era que iba crear un buen clima, preparar una rica comida y prender unas velas para darle un toque de romanticismo a la cena. En el fondo sabía que el plan no sería suficiente para calmar los ánimos. A cambio de unos minutos más de tranquilidad ganaría un calambre muscular gracias a los diez pisos que la esperaban.

Al empezar a subir se puso un objetivo antes de llegar al siguiente piso. “Tengo que tener resuelto por lo menos qué es lo que más quiero de esta relación”, se dijo. Escalón tras escalón no podía encontrar la respuesta. Finalmente se topó con la puerta del 2°A y solo tenía en claro que esa noche no quería dormir en el sillón. La idea le parecía patética, se suponía que el matrimonio le garantizaba el sueño en la cama de dos plazas que tanto les había costado comprar. En ese instante de lucidez escuchó cómo algunas gotas salpicaban la loza. Miró para atrás y vio el rastro de agua que había dejado. “Debo estar impresentable”, pensó. Otra vez se había abstraído de la realidad por una discusión. Aun así, trató de no castigarse. Sostuvo con más fuerza la bolsa del supermercado, que también chorreaba, y se acomodó la cartera al hombro, como si eso le devolviera algo de dignidad. Mientras seguía escaleras arriba trató de enfocarse en lo que sí podía controlar. Hizo un recuento de los ingredientes que había comprado y se estremeció al recordar las velas. Un tropiezo con la mesa podría provocar un incendio. No era exagerada, ya había pasado algo similar. Pero Julia se negaba a dejar la mesa vacía de decoración. Las flores del jarrón de la puerta de la vecina del tercero le dieron la respuesta: al pasar por ahí las

manoteó con disimulo y las metió en su cartera. Eran las que le gustaban a él, artificiales. Fabián era alérgico a todo cuanto emanaba vida. "Eso me lo tendría que haber advertido", se reprochó. Por el bien de la pareja, Julia había tenido que abandonar a su gata, también su risa fuerte y vivaz.

El ruido de una puerta que se abría la obligó a avanzar de a dos escalones por vez. Rápidamente llegó al quinto. Temía que la descubrieran con las flores de su vecina pero más la aterraba lo próximo que sería capaz de hacer para complacer a Fabián. Agitada por la carrera, decidió sentarse y masajearse las piernas. De paso aprovechó para sacarse los zapatos, le resultaban ruidosos y molestos. Los vio tan arruinados que los dejó en el descanso entre el quinto y el sexto piso. Siguió subiendo en medias, arrepentida de no haber abandonando antes el calzado. De pronto ese acto de rebeldía la hizo sentirse libre, siguió subiendo contenta, simplemente por haber encontrado una sensación de juventud que había dado por perdida. En el séptimo se sorprendió por las carcajadas adolescentes de la vecina más anciana del edificio. Las risas eran varias, no estaba sola. Julia se empezó a tentar a pesar de no conocer el motivo que divertía al grupo de jubilados. Sin embargo, se angustió al darse cuenta de que con 40 años menos su vida era bastante más difícil de lo que debería ser. Ese sentimiento la golpeó. Tuvo que volver a sentarse al borde de la escalera. Necesitaba escuchar muchas carcajadas, tantas como fueran posibles. Qué buena idea, se sintió feliz, partícipe. La experiencia la llevó a épocas en las que tenía amigos. Hizo cálculos: hacía dos años que había dejado de ver al último.

En pocos minutos de disfrute, algo se había despertado. La lista mental de lo que quería solo tenía un ítem: "no terminar durmiendo en el sillón". Agregó un segundo: "ponerme en contacto con los chicos". Sabía que ese iba a ser un problema, era un tema hablado y resuelto. Había tenido que elegir, Fabián o ellos, y Julia había elegido a su marido, claro. "Ya pasó el tiempo, ahora somos adultos, será cuestión de negociarlo", pensó. Estaba confiada de que ese podría ser el primer paso para recuperar algo de su vida pre-Fabián, como llamaba a su soltería. Envalentonada por una nueva confianza en sí misma siguió avanzando. Tomó impulso para llegar lo antes posible a su departamento, no quería perder esa determinación. Sin embargo, al subir los últimos escalones la ansiedad y el cansancio la hicieron tropezar y rodó escalera abajo.Su piel blanca y pálida, en

parte porque a él no le gustaba que tomara sol, se empezó a tornar colorida. Julia, ya sin cartera ni bolsa y tirada en el piso luchó contra la ropa mojada, se miró los codos y las rodillas, además de las manchas azules que le dejó el jean desteñido, estaba llena de moretones. Esta vez se había caído de verdad. Se puso de pie, se acomodó la ropa y bajó algunos escalones hasta donde estaban desparramadas las compras. Levantó algunos productos al azar, estaban enchastrados con yemas de huevo. Los metió igual dentro de la cartera y con una mano la agarró y la apretujó contra su pecho mientas que con la otra sostuvo las llaves, a cierta distancia. Sentía una repentina aversión. Puso la mente en blanco y subió los escalones que hacía poco la habían hecho caer. Al llegar a su departamento respiró hondo y abrió la puerta. Se encontró de frente con el espejo del hall. No le gustó lo que vio. Aunque estaba acostumbrada a la cicatriz del lado derecho de su cara por lo que había sido una quemadura de tercer grado, esta vez se veía distinta.

—¿Llegaste? ¡Al fin se dignó a aparecer la señorita! —se escuchó desde el fondo del departamento.

Julia todavía sostenía la cartera, de donde asomaban las flores de plástico y parte de lo que alguna vez habían sido las compras para la cena. Tomó nuevamente aire, mucho aire, y cerró los ojos. La puerta de entrada seguía abierta. Ella estaba parada, inmóvil, pensativa.

—¿Vas a jugar a la mudita otra vez? Más te vale que tengas preparada una explicación creíble.

Apoyó la cartera en el suelo con suma delicadeza. Trató de identificar su billetera. Al encontrarla la guardó con dificultad en el bolsillo del jean. Se miró al espejo, se acomodó el pelo mojado y tocó con suavidad la cicatriz, esta vez no tuvo ganas de taparla. Todavía estaba descalza, pero eso era lo de menos. Sin zapatos sus pasos no se iban a escuchar al salir.

Inexistencia de Roberto

La cronología de su vida se organiza en etapas: inexistencia de Roberto, completud de Roberto y temor a la falta de Roberto. En este momento hay una superposición entre la etapa dos y la tres. Pero en realidad ella está viviendo en una cuarta etapa: ausencia de Roberto. Una etapa que todavía no sucede pero que ella no puede dejar de sentir como real. Su cuerpo siente que Roberto ya se fue, siente que ya no es lo mismo que antes.

Cuando lo conoció aquella mañana en el banco sintió una punzada en la boca del estómago y pensó “esto no tiene nada que ver con el amor”. Él le denegó la petición de un crédito que ella había pedido para viajar a Europa, pero eso no la molestó. A los dos meses se había mudado a vivir con él, en su casa. Un mes más tarde había perdido contacto con todas las personas que conocía. Un día dejó de ir a trabajar y poco después perdió la noción del tiempo. Roberto había tomado su mundo por completo.

Cada vez que se despierta y comprueba que él no está en la cama siente un ahogo que le recorre el cuerpo y termina en su garganta como si los dedos índice y pulgar la estuvieran presionando. Con la cabeza en posición de ahorcada, los ojos hacia abajo, lleva sus dos manos hasta el cuello y lo único que siente es el contacto de su piel contra su piel. Entonces piensa que es solo una sensación y sale a caminar para calmarse. En la calle todo la pone peor. Cada acontecimiento que intuye en la vida de los otros la rebela. Piensa: “esta se va a encontrar con alguien”. Piensa: “este tiene una entrevista de trabajo”. Piensa: “ese niño está esperando que lo vengan buscar”. Piensa: “ella quiere que él se calle y volver a su casa”. Todos tienen algo que hacer; piensa.

La segunda vez que se vieron en una muestra de fotos de París él le dijo: “te juro amor eterno”; y ella pensó: “ya sé que te vas a ir”. Él la había invitado porque se sentía responsable por haberle negado la posibilidad de conocer la Torre Eiffel. Pero a ella no le importó eso, ni las fotos que él le mostraba entusiasta. Desde el principio ella decidió callar la única cosa que sabía de Roberto: qué se iba a ir algún día. Le pareció mejor que él siguiera creyendo que lo suyo era para siempre.

Desde entonces vive entre emociones extremas y picos de adrenalina que la asaltan y la convulsionan como electroshocks. El

corazón se le dispara cuando piensa qué él podría estar con otra en ese momento, que ya no la quiere, que tiene una familia paralela, que cualquier día de esos no va a volver. Que, mientras piensa todo eso, Roberto se esté muriendo en algún lugar de la ciudad. Ella es el púchinbol de su propia emoción. Camina y camina. Cuando casi no siente nada más, tal vez cansancio solamente, entonces vuelve a la casa de Roberto narcotizada por los edificios, el smog, el ruido y trata de dormir.

El mismo día que él le juró amor eterno llovía como nunca y ella tuvo miedo de que Roberto se mojara y se muriera. No podía dejar de mirarlo y de sufrir internamente. "Si te morís me muero", le dijo y él le sonrió como si fuera un chiste.

Ella no sabe en qué momento exacto empezó a sentirse así. Tal vez algo que él le dijo, algo insignificante porque ya no lo recuerda, pero que operó de alguna manera extraña en su cerebro y desencadenó esto que es ahora.A veces piensa que el corazón no le va a aguantar, pero ya sabe que no es nada más que una sensación porque todavía sigue ahí.

A él le gustaba pensar que el de ellos, de tan grande, no era un amor común. Ella lo sabe porque él se lo dijo un día. "Esto que sentimos es más de lo que cualquiera podría sentir". Ella no entendió bien. Todo había sido tan intenso desde el principio, pensaba ella, que ya no había manera de zafar. Por eso cuando finalmente dejó de trabajar para dedicarse solo a ellos, él se mostró complacido.

Son muchas las maneras de dejarla que Roberto tiene. Son por lo menos diez y ella no se cansa de pensarlas con un nivel de detalle abrumador. Muchas de ellas se fueron perfeccionando con el tiempo. Cada día repite los diálogos con mayor precisión. Lo que Roberto dice y lo que ella le contesta. La manera en la que él la mira con desprecio, con lástima o con rencor, según el caso. En la mayoría de estas escenas ella está en la cama y Roberto la abandona parado en un extremo, mirándola a la distancia. Entonces ella piensa "ni siquiera es capaz de acercarse, de dejarme dulcemente", sumerge la cabeza entre sus brazos y se abandona a un llanto desesperado. Otras veces ella intenta retenerlo, hacerlo entrar en razón, lo agarra de la ropa, lo sacude, lo llena de besos, pero en todas las escenas Roberto persiste y ella se queda sin él. La peor de todas es la escena en que Roberto simplemente no vuelve más y ella no se anima a buscarlo por miedo a descubrir la verdad. Esa imagen

la destruye, porque entonces ya no habría una última vez, ya no volvería a verlo y no tendría posibilidades de intentar nada.

Cuando él llega después de trabajar, ella se transforma en una mujer sonriente. Una mujer distinta a la que fue durante el día. Él nunca le pregunta lo que hizo como si supiera y no quisiera avergonzarla. Ella tampoco pregunta, pero por temor. Cenan, toman vino y se ríen como dos desconocidos.

Después de esas caminatas en las que intenta calmarse se acuesta para dormir un poco. Quiere dejar pasar los pensamientos sin pensarlo. Los ve venir cada vez más rápido. Pero fluyen, se acumulan, chocan, hacen tope contra un muro y terminan en una gran montaña como un pelotero del que emerge una mano, su propia mano, con el dedo índice extendido. Hay un pequeño temblor y después la mano que se repliega, vencida, sobre su muñeca. Entonces, sí, se duerme; a veces toda la tarde y se despierta sobresaltada, con el tiempo justo para darse una ducha y preparar algo de cenar para Roberto. Otras veces se duerme tres minutos y ya no puede volver a dormirse más. Esas son las peores tardes. Sale a caminar otra vez o tira la caja de fósforos al piso y vuelve a guardarlos uno por uno en la cajita hasta que está tranquila.

Una vez, ella no recuerda cuándo, él soltó una frase en medio de la noche y ella sintió que el corazón se le detenía ahí. “Ya no es lo mismo” había dicho él. Quizá fue ahí cuando empezó todo, o tal vez antes, tal vez ella ya sabía todo antes de que él dijera nada, incluso antes de que se conocieran. Le extrañó no haber imaginado una escena tan simple entre todas las que siempre imaginaba. Los dos acostados en la cama, la habitación a oscuras, el diálogo antes del sueño. Tuvo miedo. Entonces supo que ese sí era el final. Quizá no esa noche o las siguientes. No preguntó nada. Ya sabía, igual, cerró fuerte los ojos para que él no se diera cuenta de que ella seguía despierta. Por la mañana desayunaron juntos, como si él no hubiera dicho nada o ella no hubiera escuchado. Un pacto, pensó. Todo siguió normalmente, él se fue a trabajar y ella se quedó en casa. Intentó dormir un poco, pero los pensamientos la ahogaban, entonces salió a caminar.

Australia

Débora lava los platos. Pasa la esponja en forma circular, siguiendo el sentido de las agujas del reloj y se acuerda de cuando en el colegio la burlaban. Débora Dora. Devoradora. Dejá para los demás, Deborita. El recuerdo está asociado como una soldadura. Cada vez que lava, siempre que pasa la esponja por el plato, recuerda. No sabe por qué. Tampoco puede precisar cuál fue la primera vez que lavó los platos y pensó en esa época del colegio.

Esta vez, Débora tiene muchos platos para lavar. Platos, vasos, tazas, cubiertos, cacerolas, asaderas. Esta semana no estuvo de ánimo, así que se le acumularon bastantes. Encima se le ocurrió hacer una torta. Ahora, además, sobre la mesada y la cocina tiene, bols, batidora, espátulas. Suficientes utensilios para fregar y así intentar descifrar el origen de esa asociación de recuerdos. Pero lo único que logra asociar es el sentido horario y también, cuando desagota el agua que se le junta porque algún fideo tapó el drenaje, se queda mirando el remolino que se forma. En un capítulo de los Simpsons, Bart le hace gastar fortunas en una llamada por pagar a un chico que vive en Australia al que le pide que revise si es verdad que en el hemisferio sur el agua forma un remolino inverso cuando se tira la cadena del inodoro. Débora no llamaría a nadie para averiguar sobre remolinos, pero de repente deja de recordar las burlas y piensa en Australia.

Ya tiene la mitad de la vajilla enjabonada. Solo queda enjuagarla para hacer lugar y empezar con las cacerolas. Entonces suena el teléfono. Se sacude un poco la espuma de las manos y tocando apenas el botón, se pone el inalámbrico entre la oreja y el hombro. Hay un primer silencio, luego un click. Con una mano sostiene la cacerola. Ve que el fondo tiene un pegote quemado. Con la otra echa un buen chorro de detergente. Cuando empezaron a salir ella nunca le había preguntado por qué siempre hacía esa pausa antes de hablar. ¿Era porque marcaba con el manos libres y recién agarraba el tubo cuando ella atendía? Como era similar al efecto de algunas llamadas que le hacían para ofrecerle productos, Débora siempre le respondía: “No quiero tu emergencia, tu Internet, tu encuesta”, y cuando él al fin decía “Hola”, ella remataba: “pero sí tus besos”. Había sido un ritual por mucho tiempo. Hasta que se pasaron al celular con los números free. Pero ahora Débora no dice

nada. El dejavú de que la llame al fijo la sorprende. Tal vez él necesita comprobar que ella está en casa, que su vida de algún modo quedó congelada durante la última semana. El agua de la canilla que corre no la deja escuchar bien si hay alguien del otro lado de la línea. Entonces él corta. Débora maniobra otra vez con el teléfono para no mojarlo y después de dejarlo sobre la mesada, lo más lejos posible del caos y las salpicaduras, intenta pasarse el hombro por los ojos, en un gesto automático de secarse lágrimas que no tiene.

Echa un chorro más generoso de detergente en la cacerola y abre al máximo la canilla. Vuelve a sonar el teléfono. Débora ya no tiene más cuidado al agarrarlo. Otra vez lo coloca entre el hombro y la oreja y siente, al mismo tiempo, el crujido de la espuma que quedó en el auricular y a él que no tarda en decir “hola”.

—Hola —responde Débora y mira cómo el chorro de agua que cae sobre el fondo de detergente provoca una bocanada blanca que empieza a desbordar.

—Hola—vuelve a decir él.

Débora no sabe qué decirle. En realidad cree que no hay más nada que decirse.

—¿Estás ocupada?

—Estoy lavando los platos.

—¿Te llamo en otro momento?

—No —dice Débora pensando en que lo mejor es que no la llame más.

—Bueno —dice él y no corta.

—No quiero —comienza a decir Débora y se frena. Pero en seguida retoma—: No quiero tu emergencia…

Débora fuerza una risa, pero él no se ríe. Entiende el chiste, pero no la acompaña. Hace rato que no lo hace. Incluso antes de querer estar solo.

—¿Cómo estás?

—Estoy Deborita, no podría dejar para los demás.

—¿Qué? —esta vez, él no entiende.

—Que me voy a Australia.

—¿Cómo? ¿Cuándo?

—No sé, tengo que averiguar.

La espuma ya cubre la mesada. Débora trata de maniobrar con un cucharón que se resbala y cae.

—Bueno, estás ocupada, así que…

—No, no. Puedo hablar por teléfono y lavar los platos. No es eso…

Él no le pregunta: "entonces qué es". Cómo va a hacer semejante pregunta. Débora odia el modo en que él siempre se evade. Cree que él quiere que ella cambie. Espera que ella sea algo que no es. Débora haría todo lo posible por evitar el final. Pero es imposible cambiar. ¿Qué debería dejar de ser? ¿Y qué debería empezar a ser? El olor dulce a repostería comienza a inundar la cocina. Le gustaría sostenerse fácil. Como el aireado del bizcochuelo que está levando en el horno o las burbujas del detergente que desborda por la mesada. Tal vez animarse a preguntarle a él si ya decidió algo. Si en toda esta semana de soledad llegó a alguna conclusión. Pero le tiene miedo a las respuestas. No preguntar también es una evasión. Están a mano. Débora escucha que del otro lado de la línea, él suspira tres veces, como para empezar a hablar. Y las tres veces se arrepiente.

—No es eso. Yo… —Débora comienza, pero no sigue.

—Así que Australia.

—Sí, hay unos programas para profesores extranjeros que quieran enseñar inglés —dice Débora al mismo tiempo en que recuerda el dato. Para ella Australia es ese capítulo de los Simpsons y la historia de una compañera de trabajo que viajó un mes por ese programa y se quedó un año entero porque se enamoró de un australiano.

—¿Y por qué profesores extranjeros para que enseñen inglés? ¿Qué, en Australia no hablan todos en inglés?

Débora se pregunta si le gustaría enamorarse en Australia. No. No tiene ganas de enamorarse, nunca le sale bien. Es como si le faltara el equilibrio. Necesita apoyarse en demasiada gente. Uno nunca le es suficiente.

—Sí.

—¿Sí qué?

Pero sí tiene ganas de hacer cosas que en Buenos Aires no haría. Nadar en un lago lleno de peligros a la caída del sol. Hospedarse en un hostel y cenar todas las noches con extraños. Participar del Camel Cup. Conocer la flor más grande del mundo.

—Sí, tenés razón. Todos hablan inglés… ¿Tus cosas? —Débora arriesga la pregunta.

—Ahí… —responde él—, bueno, me tengo que ir… —y parece que va a seguir hablando, pero Débora lo interrumpe.

—Chau —y le corta.

Piensa si habrá guardado la agenda en la que tiene el teléfono de esa compañera de trabajo que viajó a Australia. No se acuerda ni en qué año fue, ni el nombre de la chica. Solo es cuestión de encontrarla y después leer nombre por nombre.

Cierra la canilla y deja en remojo la última cacerola que le queda por lavar.

Impar

Ana piensa en los puntos que le faltan para terminar la manga cuando mira hacia la calle y le da la sensación. Suelta el grisín y aunque suena su programa favorito, baja la radio y se pega a la ventana. A veces la vida hace dar muchas vueltas solo para terminar en el mismo lugar. O, como en este caso, en la casa de enfrente. Ana vivía allí. Ahora espía respirando acelerada, con miedo a que sus exhalaciones se escuchen. Apura las pantuflas y va a buscar los anteojos sobre el bayut.

Vuelve, asoma un ojo por la cortina y lo confirma. Él está parado mirando el 542 de la calle. Lleva un jean, una campera negra y una boina. También usa anteojos. Examina como cuando uno vuelve a un lugar después de mucho tiempo e intenta comprobar si las cosas ocupan tanto espacio como el recuerdo. Cuando él voltea hacia la ventana desde la que lo espía, en el 541, ella se sobresalta y cierra la cortina de golpe. Unos segundos después vuelve a asomarse como si esa cortina fuera un telón y no debiera salir a escena todavía.

Parece que nada hubiera pasado. Nada pasó en realidad. Él sigue mirando la casa abandonada. Hay tramos oxidados en las ventanas, un vidrio roto en el primer piso, una telaraña en el borde de la medianera, un yuyal invadió el jardín.

Ella se cierra la bata sobre el pecho y recuerda la cantidad de años que esperó este momento, o uno parecido. En sus pensamientos él volvía arrepentido por haberse ido así aquella vez. Ahora él se acerca al candado de la puerta metálica, los barrotes se tambalean cuando tira un poco de las cadenas gruesas. Ana no sabe si salir de su escondite. Si estuviera más arreglada, quizás, si no hubieran pasado tantos años.

Pero… ¿qué le diría? "¿Me buscabas?", tal vez. "¿Necesitás algo?", o también: "¿Te perdono?". Se siente estúpida con la última pregunta y más aún cuando piensa en qué podría contestarle. ¿Cómo enfrentar tanto pasado durante un desayuno? El engranaje de preguntas se detiene cuando lo ve quitar una telaraña de la pared y tocar el timbre. Ana sabe que no va a sonar, no funciona; pero recuerda el sonido, y los besos de despedida sabiéndose desaprobados por alguna vecina chusma.

Un nene de unos 7 años se aproxima en bicicleta y él le hace

señas para que se detenga. Baja el cordón de la vereda.

—Pibe, ¿no vive nadie acá?

—No, esa casa siempre estuvo abandonada, yo nunca vi a nadie.

—Una señora de rulos, como de mi edad —insiste.

—No, señor, perdone.

—Está bien, pibe, andá nomás.

La bicicleta se aleja y él se sienta en el umbral de la casa.

Sin saber por qué, Ana recuerda el viejo rosal. Siempre asoció ese aroma a la juventud. Quiere hablarle. Podría simplemente salir sin pensar, ver qué pasa…son unos metros. Pero no puede soltar la tela. Se mueve un poco y se encuentra en el espejo de la vitrina. Piensa que ese reflejo es la verdadera distancia entre ellos. No la de calzarse, cruzar la calle y decidir qué decir, sino la del pelo canoso, revuelto a media mañana, los anteojos gruesos, las arrugas, los años de no entender, la viudez.Si vino a buscar a aquella Ana, hoy solo encontraría a esta.

Se vuelve a asomar y lo mira: tiene los codos apoyados sobre las rodillas y hace ese gesto de peinarse la ceja con el dedo que se ve que no ha perdido. Reconoce en ese hombre de anteojos grandes y movimientos lentos al amor que se obligó a olvidar tantas veces aún de paseo con su marido, aún con sus hijos en brazos. Nunca supo qué había pasado. En aquel tiempo le había dado tanta vergüenza seguir esperándolo que había dejado de hablar del tema hasta que la gente pensara que lo había superado. Eventualmente la gente lo pensó.

Con dificultad, él se pone de pie y vuelve a mirar la casa. En un gesto eucarístico se agacha un poco y besa el candado. Ana odia su indecisión, su pánico y se le cae una lágrima. Quiere gritarle, aspira tomando impulso y se queda con la boca abierta como un pez sin que nada rompa el silencio. Quiere saber. Quiere volver a ver de cerca esos ojos que cada vez que se le desdibujaban ella reconstruía volviendo a buscarlos en una foto escondida. Podría ponerse un vestido, un pañuelo, zapatos y abrir la puerta. Pero no tiene armas, no sabe qué.

Él mira su reloj y se acomoda el cuello de la campera. Se aleja hacia la esquina con la mirada en las baldosas. Ana articula un "chau" y contiene la respiración cuando él se detiene y se da la vuelta. ¿La habrá escuchado? No, es imposible. Él comprueba la quietud de la cuadra, resopla y sigue caminando.

Ana sabe que debería salir. Lo sabe.

Créditos

No es más que un pulpo, de Alexandra Jamieson Barreiro

Canción: Don't Be Upset
Letra y música: Jeffrey Lewis
Disco: Jeffrey and Jack Lewis: City and Eastern Songs (2005)

Alexandra Jamieson Barreiro nació en Madrid, España, de padre panameño y madre argentina. Vive en Buenos Aires desde los tres años y escribir es su segunda vocación. Graduada en Relaciones Públicas, especializada en Gestión Cultural, Patrimonio y Turismo, desde 2008 participa de los talleres literarios coordinados por Valeria Iglesias y desde 2006 publica sus escritos en Internet: www.fluflyalex.com.ar y otros. Forma parte del grupo Heliconia desde enero de 2010 y colabora con BNTB, Químicamente Impuro y Heliconia Flash Fiction. Sus autores favoritos son muchos, aquí se enumeran solo algunos caóticamente: César Aira, William Shakespeare, Rubén Darío, Yolí Fidanza, Jorge Luis Borges, Silvina Ocampo, Leopoldo Lugones y Esther de Izaguirre.

Algunos aman a los dragones, de Diana da Silva Santos

Canción: Dirty Love
Letra y música: Frank Zappa
Disco: Over-Nite Sensation (1973)

Diana da Silva Santos nació en Buenos Aires, en 1972. Estudió periodismo y actuación. Algunos de sus cuentos fueron editados en las antologías *En el fondo*, *Lo que no salió en las fotos* y *Esto no es un plagio*. Su cuento "Una tragedia rusa" resultó ganador del Concurso Outsider de Cuento Raro 2012. Es fanática de los relatos fantásticos y sobrenaturales porque le gusta ver a las personas y las cosas de una manera distinta a la habitual y pensar que lo imposible alguna vez puede hacerse realidad.

El peligro, de Matías Moliné

Canción: Por
Letra y música: Luis Alberto Spinetta
Disco: Artaud (1973)

Matías Moliné nació en 1975, familia clase media, barrio de Flores, ciudad de Buenos Aires. Hizo sus primeras armas en disciplinas como el dibujo, la carpintería y la herrería en la escuela Fernando Fader. Le siguieron dos años de cursada en Diseño de Imagen y Sonido en la UBA; luego esta carrera rompió su corazón. El resto es historia: vendedor de cursos de inglés, cartero, empleado de locutorio, peón de depósito, analista de sistemas. Hasta llegar al escribiente de hoy en día, formado en talleres tan disímiles como los de Valeria Iglesias, Marcelo Guerrieri y Pablo Katchadjian. Es de Libra, le gustan las caminatas largas por la playa y está cursando Comunicación Social en la UBA.

Papá, decile, de Gisela Soria

Canción: El hijo de Hernández, de Cuarteto de Nos
Letra y música: Roberto Musso
Disco: Bipolar (2009)

Gisela Soria, mezcla de San Telmo con Okinawa. Aries, Gallo. Adepta al baile y a la fotografía. Adicta al anonimato del centro. Participó de los talleres y antologías de Valeria Iglesias *En el fondo* (2009), *Lo que no salió en las fotos* (2010) y *Esto no es un plagio* (2012). Redactora publicitaria, community manager. En lucha con la UBA para terminar Ciencias de la Comunicación (acaba de elegir el tema de su tesina). De vez en cuando abre el Word y cocina palabras.
ar.linkedin.com/in/giselasoria/
www.flickr.con/yoentulugar
www.flickr.con/turismodeturistas

Escaleras, de Sofía Bustamante

Canción: Here with me (Aquí conmigo)
Letra y Música: Dido

Disco: No Angel (1999)

Sofía Bustamante es periodista del diario económico Bae. Siempre quiso estudiar Letras, pero pensó que sería muy difícil vivir de la escritura. Las vueltas de la vida hicieron que su media carrera de Contador Público, su título de periodismo y los más de seis años de trabajo en un banco le permitieran redactar notas sobre la Bolsa y así solventar los talleres de escritura en los que participa: el de Valeria Iglesia y el de Natalia Rozenblum. El blog en donde experimenta se llama Sofismos: sofismos.wordpress.com. Su vida no estaría completa sin la música de los Beatles, las películas de Chaplin y los cuentos de Monterroso.

Inexistencia de Roberto, de Sol Drincovich

Canción: Cataclismo
Letra: Esteban Taronjí
Música: Javier Solís
Disco: Payaso (1965)

Sol Drincovich nació en la primavera de 1977. Estudió periodismo y hace la mitad de su vida que escribe, algunas veces más otras veces menos, pero siempre anda merodeando por ahí. Le gusta andar en bicicleta y de haber nacido otra hubiera querido ser deportista o virtuosa de la música.

Australia, de Valeria Iglesias

Canción: Australia
Letra y música: Amanda Palmer
Disco: Amanda Palmer Goes Down Under (2011)

Valeria Iglesias nació en Buenos Aires en 1970. Licenciada en Lengua Inglesa, escritora, editora y actriz. Publicó los poemarios *Papel reciclado* (publicación de autor, 2002), *Oniria* (PDD, 2005), *Notitas en el refrigerador* (Color Pastel, 2006) y *Restos de jukebox* (Tocadesata, 2009). Compiló las antologías *En el fondo* (NHV Ediciones, 2009), *Lo que no salió en las fotos* (NHV Ediciones, 2010), *Esto no es un plagio* (Covers Ediciones, 2012). Publicó la novela *Correo Sentimental* (Pánico el Pánico, 2012). Un cuento suyo forma

parte de la antología *Cuentos Raros* (Ediciones Outsider, 2012). Colaboró en diversas revistas impresas y digitales. Coordina talleres de escritura creativa, traduce y corrige. Es co-fundadora de Ediciones Outsider.

Impar, de Gisela Soria

Canción: Nada
Letra: Horacio Sanguinetti
Música: José Dames
Intérprete: Julio Sosa (junto con la Orquesta Leopoldo Federico, 1963)

--

Las canciones pueden escucharse en:
http://grooveshark.com/playlist/No+Es+M+s+Que+Un+Pulpo+Y+Otros+Covers+Canciones+Que+Se+Vuelven+Cuentos/90682505